

habiendo caminado hasta el amanecer, descansaron un rato en Guzman. De allí por caminos extraviados llegaron al Burgo de Osma. Paléncia, que no fiaba enteramente del obispo, propuso á Don Gutierre que se quedase oculto en la posada, mientras él iba á verle y sondeaba sus disposiciones. Mui desde luego descubrió que el obispo opinaba contra la boda del príncipe, y que era enteramente del partido del Rei y del maestro. Paléncia, acomodándose á la necesidad, y queriendo adormecer sus sospechas, le dijo que iba á Aragon á buscar la bula original de dispensa concedida por el Papa para el matrimonio de los príncipes, que el arzobispo quería ver para su gobierno después que el obispo la examinase. Al mismo tiempo le pidió un guía de confianza y pasaporte de ida y vuelta para el alcáide de Gómara que estaba al paso en la frontera de Aragon y Castilla. Deslumbrado con esto el obispo, y creyendo menos adelantado el negocio de la boda, acabó de descubrir su pecho á Paléncia, manifestándole que el conde de Medinaceli habia mudado de parecer y estaba de acuerdo con los partidários del maestro, y resuelto, como él tambien, á estorbar con todas sus fuerzas la entrada del príncipe.

Grande fue la turbacion de Gutierre de Cárdenas, cuando volviendo Paléncia á la posada le dió cuenta de lo ocurrido. En todo caso apresuraron su viage, pasando Cárdenas por criado de Paléncia por no ser conocido del guia; y desde Gómara despacharon un expreso que llevase á la princesa y al arzobispo la noticia de los nuevos é impensados riesgos que corria la empresa, encargando que con mucha diligéncia y recato enviasen trescientas lanzas con un jefe de toda seguridad, que á los diez dias de la fecha estuviese y los aguardase en el Burgo.

Paléncia, que es quien nos ha conservado en sus décadas la relacion circunstanciada de estos viages y negociaciones, se dá por autor del plan que indica el precedente encargo, con poca ó casi ninguna intervencion de Gutierre de Cárdenas. Dice que viendo ser imposible la entrada del Rei de Sicilia en Castilla en los términos dispuestos por la princesa y el

arzobispo, concibió el designio de introducirlo y hacerle pasar la frontera disfrazado y sin escolta. Con este inesperado golpe creía inutilizar y burlar todos los preparativos de los contrarios, y aligerar al mismo tiempo los plazos de un negocio en que la brevedad era lo principal. No tenía ya lugar la ejecución del primer pensamiento. Faltaban los auxilios con que se había contado, del obispo de Osma y del conde de Medinaceli. La casa de los señores de Mendoza, á quien el Rei Don Enrique había encomendado la guarda de Doña Juana la Beltraneja, y que por lo tanto contradecía la boda de Isabel con Fernando, ocupaba con sus castillos y guarniciones toda la frontera desde Almazan á Guadalajara. El obispo de Sigüenza Don Pedro Gonzalez de Mendoza, bien ageno entonces del favor que despues había de disfrutar en la corte de los Reyes católicos, era la cabeza y director de las operaciones de aquella poderosa familia: había reunido á sus parientes en Sigüenza para que todos se opusiesen de concierto á la venida del Rei de Sicilia, y en esta junta se había dado traza para ganar, como se consiguió, la voluntad del conde de Medinaceli y del obispo de Osma. La estrechez del tiempo no permitía que acudiesen las fuerzas de los grandes parciales de la princesa; y distraidas las de Aragon con la guerra de Cataluña, no tenía el príncipe Don Fernando medios para vencer tantos inconvenientes: por manera que la empresa, que aun con los socorros y concurréncia del obispo y del conde era siempre difícil, se había hecho de todo punto imposible.

Gutierre de Cárdenas, á quien lo apurado de las circunstancias traía pensativo y melancólico, recelaba tambien que el príncipe no consentiría en arriesgar su persona y entrar solo en Castilla, conociendo el caracter inconstante é incierto de sus magnates: pero se aquietó algun tanto con la noticia que Paléncia le dió de que pocas semanas antes, cuando estaba en Madrigal Doña Isabel expuesta á perder su libertad, y él en Valencia con Don Fernando, le había éste propuesto ir con solos dos compañeros á consolar á la princesa y á salvar-

la del peligro ó correrlo en su compañía, y que costó dificultad retraerle de este pensamiento por temerario é inutil; siendo por lo tanto de esperar que no se negaria á emprender este otro viage, menos arriesgado y mas provechoso.

Con tales pensamientos llegaron á Zaragoza el 25 ó 26 de setiembre de 1469. La venida de Alonso de Paléncia, familiar del arzobispo de Toledo, y conocido ya en Aragon de antemano, era menos reparable: pero debia ocultarse la de Gutierre de Cárdenas, maestresala y evidentemente mensajero de la princesa Doña Isabel. El príncipe Don Fernando, avisado por Paléncia, pasó recatadamente á verle al convento de San Francisco donde se habia alojado; y allí, á presencia de Mosen Pero Vaca y del arzobispo de Zaragoza Don Juan de Aragon, hijo bastardo del Rei, explicó Gutierre de Cárdenas su mensaje, reducido á manifestar los vehementes deseos que Doña Isabel tenia de que el príncipe fuese á Castilla, y á amantes quejas sobre su tardanza, y á sus celos de que la abandonase en la peligrosa situacion en que por su causa se hallaba. Fueron de diverso parecer el arzobispo y Mosen Pero Vaca en orden á lo que debía hacerse en tan crítica y apurada coyuntura: el primero opinaba que Don Fernando, sin aguardar otra cosa, se pusiese al instante en camino; el segundo aconsejaba que se consultase al Rei Don Juan, el cual á la sazón se hallaba en el partido de Urgél, asistiendo á la guerra de Cataluña. Á este parecer se arrimó, como buen hijo, el príncipe, creyendo que la auséncia del Rei Don Enrique en Andalucía dejaba algun vagar al negocio, y resuelto á emprender el viage, hecha esta diligéncia, aun cuando lo repugnase el cariño de su padre por el peligro que en él podia correr su persona.

Mientras venia la respuesta, se hicieron los preparativos del viage: y para acallar las sospechas que pudieran excitar estas disposiciones, se echó la voz de que el príncipe llamado por su padre con motivo de las urgéncias de la guerra, trataba de acudir personalmente á su socorro. Al mismo tiempo se publicó la salida de Pero Vaca como embajador á Castilla;

y á pretexto de llevar regalos para el Rei Don Enrique, debia conducir en algunas cargas el equipage mas preciso del príncipe. Dispúsose que saliesen con él hasta Calatayud los mensajeros castellanos, manifestando en su semblante y demás exterioridades que no iban satisfechos del éxito de su comision.

Durante la detencion de estos en Zaragoza, firmó el príncipe á 1º de octubre una cédula, que existe original en el archivo de Simancas (1), y en que juró por su fé real no hacer merced alguna en los réinos de Castilla y Leon sin consentimiento de la princesa, anulando las que hiciese ó hubiese hecho sin este requisito. Los que consideren el estado de las cosas en aquel tiempo, la insaciable codicia de los grandes y caballeros, y el modo con que de ordinario se compraban sus servicios, no podrán menos de admirar la sagacidad y prudente prevision de Doña Isabel, que á los diez y ocho años de su edad no olvidaba entre los cuidados amorosos como esposa, lo que debia al bien comun como heredera del réino.

El Rei Don Juan, acongojado por la entrada y progresos de los franceses en Cataluña y por la escasez de caudales para seguir la guerra, considerando por una parte la necesidad del viage á Castilla para no perder el fruto de tantos cuidados y fatigas, y por otra lo que se aventuraba la persona del príncipe en la empresa, no tuvo valor para resolverse, y lo dejó todo al arbitrio de su hijo y de los de su consejo (1).

Á los nueve dias de haber llegado Gutierre de Cárdenas á Zaragoza, salió para Calatayud en compañía de Mosen Pero Vaca. Iban tambien Alonso de Paléncia y Tristan de Villarroel, confidente enviado por el almirante Don Fadrique. El plan era que Paléncia y Villarroel continuasen el viage en la comitiva de Pero Vaca, y que Cárdenas pasase de Calatayud á Verdejo, pueblo de la raya de Aragon, adonde debia venir en derechura desde Zaragoza el príncipe Don Fer-

(1) Vease en el apéndice.

(2) Zurita, anal. lib. 18, cap. 26.

nando. En esto llegó á Calatayud Garcia Manrique, hermano del conde de Paredes, á quien la princesa y el arzobispo habian despachado en diligéncia para activar la venida del Rei de Sicilia, manifestando el peligro de la dilacion, si en el éntretanto volvía á Castilla el Rei Don Enrique (1). Pero los castellanos de la comitiva, por sugestion de Gutierre de Cárdenas que no queria partir con nadie el láuro de conducir al príncipe, le dijeron que Cárdenas quedaba en Zaragoza y que el príncipe habia pasado á Cataluña á consultar con su padre el negocio. Engañado de esta suerte Garcia Manrique, partió sin detenerse para Zaragoza, mientras que la embajada salía por la parte opuesta para Castilla, tomando Cárdenas el camino de Verdejo y los demás el de Monteagudo.

El mismo dia llegó á Verdejo el príncipe Don Fernando. Le acompañaban Mosen Ramon de Espés, que habia sido su ayo y ahora era su mayordomo mayor, Gaspar hermano de Mosen Ramon, Pero Nuñez Cabeza de Vaca y su copero Guillen Sanchez. Iban tambien Pedro de Auñon, correo que servía de guia, y un mozo de espuelas que se llamaba Juan de Aragon (2). Cárdenas se incorporó con ellos, y sin detenerse en Verdejo siguieron su viage; pasaron la raya, y llegaron hasta una aldea que estaba entre Gómara y el Burgo de Osma. En ella hicieron parada, diciendo que eran mercaderes que pasaban á Castilla, y el príncipe para mayor disimulo quiso hacer de criado, cuidando las mulas y sirviendo la cena. Concluida esta, se pusieron en camino á deshora de la noche, que era muy obscura. Aquí sucedió que con la prisa de la partida se le olvidó á Ramon de Espés la barjuleta ó bolsa del dinero que habia dado á guardar á la huéspedea: la echaron menos á las dos leguas, y enviaron á buscarla á Juan de Aragon, quien volvió con ella antes de que anduviesen otras dos leguas. Tal era su agilidad y ligereza, refiriéndose de él que en un dia solía andar tres jornadas (3).

(1) Paléncia, décadas lib. 12, cap. 3.º lib. 18, cap. 26.

(2) Paléncia, parte II. Zurita, anal. (3) Paléncia, allí.

Mientras tanto Mosen Pero Vaca y toda la embajada seguía ostentadamente el camino de Hariza y de Monteagudo, dirigiéndose al Burgo de Osma. Pero Vaca, á quien sus muchos años y experiencias hacían mas tímido y cáuto, iba lleno de cuidado ponderando los peligros del príncipe, y reconviniendo á Paléncia de la temeridad de su proyecto, y á sí y á los demás de la ligereza con que lo habían seguido. Procuraba Paléncia satisfacerle y sosegar sus temores, á tiempo que toparon con un pasajero, quien despues de saludarlos les advirtió que fuesen con precaución, porque poco antes había visto pasar hasta ciento de á caballo por un camino de travesía ácia Berlanga. Preguntado el pasajero si sabía quien fuése el capitán de aquella gente, respondió haber oído que se llamaba Gomez Manrique, y que la gente era del arzobispo de Toledo. Pero Vaca, que al pronto se había sobresaltado extraordinariamente, volvió en sí con esta noticia; y acabó de tranquilizarse, cuando Paléncia le contó lo que á su ida á Aragon escribió al arzobispo desde Gómara, asegurándole que no dudaba encontrarían mas gente en el Burgo.

Llegaron en esto á la aldea de Ortezuela, no lejos de la orilla izquierda del Duero. Mientras se preparaba la comida, vino desde Berlanga que solo dista media legua de Ortezuela, Gomez Manrique con tres de á caballo: y alegró con las nuevas de la próxima venida del príncipe, se volvió á Berlanga para pasar á otro día con su gente al Burgo, donde dijo debía concurrir con otras doscientas lanzas. Don Pedro Manrique, conde de Treviño.

Era sumamente importante que tuviese noticia de estas cosas el príncipe: para lo cual salió de Ortezuela á buscarle y dársela Tristan de Villarroel donde quiera que le encontrase. La embajada continuó su viaje ácia el Burgo, y al llegar encontró cerrada la ciudad y á la puerta al conde de Treviño con sus soldados, sin haber podido conseguir que les permitiese entrar el teniente del obispo, ausente á la sazón en Ucero. Allí supo el conde lo que había en orden á la venida del príncipe, y enviando su gente á alojarse á Osma,

que está á la otra parte del rio, entró por fin en el Burgo juntamente con Garcia Manrique, que habia vuelto muy triste de Calatayud por otro camino, y Mosen Pero Vaca que á titulo de embajador fué admitido con Paléncia y toda su comitiva y equipage.

Muy entrada la noche siguiente que fué la del 6 al 7 de octubre, el príncipe Don Fernando á quien no se aguardaba hasta el día inmediato, llegó á las puertas del Burgo donde pensaba ser recibido sin dificultad. Los que le acompañaban, despues de dos días y dos noches de caminar sin descanso, rendidos de sueño y penetrados del frio que aquella noche era mucho mayor de lo que correspondia á la estacion, apenas podian ya resistir á la fatiga. El príncipe, menos cansado ó mas animoso que los demás, llamó á la puerta; y el centinela, sin saber quien era, tiró una gran piedra que faltó poco para que le diese.

Paléncia, á quien no dejaba dormir el cuidado, y que á la sazón iba á prevenir á los que guardaban la puerta, que si venian algunas personas á buscarlos no los tuviesen por sospechosos, cuenta (1) que oyó el golpe de la piedra y gritó al centinela que no tirase otra. El príncipe desde fuera conoció la voz de Paléncia, y le preguntó si tendrían entrada él y sus compañeros que ya no podian mas de sueño y de frio. Paléncia todo alborozado le respondió que la entrada no era segura, pero que aguardase un poco mientras ellos salian con el conde de Treviño.

Inmediatamente Paléncia fué á despertar con gran prisa al conde y á los demás, y acudieron todos aceleradamente á la puerta. Los que la guardaban, admirados de tanta premura, franquearon la salida; y el conde, mandando encender muchas hachas y tocar muy récio las trompetas, se acercó á saludar y besar la mano á Don Fernando, quien por su parte le dió paz y besó en el rostro. El estruendo de las trompetas alborotó y sobresaltó á los moradores; y dió cuidado á

(1) Décadas lib. 12, cap. 3.

los que velaban la fortaleza. El príncipe con el conde y todos los suyos vadearon en aquella hora el río, y se fueron á Osma, donde la gente de guerra que debia servir de escolta, se habia alojado en pocas casas con el fin de estar reunida y pronta para ejecutar las órdenes que se le diesen.

El príncipe no quiso acostarse. Se puso á escribir á su hermano el arzobispo y á otras personas de Zaragoza á quienes consideraba cuidadosos del éxito del viage; y antes de amanecer salió para Gumiel de Mercado, adonde llegó el mismo dia.

Gumiel era lugar del conde de Castro, cuya muger Doña Juana Manrique, tan afecta como toda su familia al partido de Doña Isabel, lo recibió con las mayores fiestas y agasajos. Determinó el príncipe descansar allí el dia 8, y pasar el siguiente á Dueñas con toda su comitiva, en la que ya se habia incorporado desde Berlanga Gomez Manrique y gran copia de caballeros. Mas Gutierre de Cárdenas y Alonso de Palencia la misma noche de la llegada á Gumiel salieron despues de cenar, y á la escasa luz de la luna tomaron el camino de Valladolid para anticiparse á los demás y ganar las albricias de la feliz venida del príncipe.

La alegría que produjo en Isabel nueva tan agradable, fué proporcionada al cuidado y solicitud que la habian precedido. Los caballeros que formaban su corte, jugaron cañas en demostracion de su regocijo. En ellas cayó del caballo Tróilos Carrillo, quedando herido gravemente en la cabeza: pero el júbilo comun cubrió este incidente particular, y su mismo padre trató de disimular el sentimiento que le causaba.

El príncipe pasó el 9 de octubre desde Gumiel á Dueñas, adonde concurrió muchedumbre de caballeros y personas de distincion á saludarle y hacerle reverencia. En el ínterin no faltaban en Valladolid emisarios de la Reina Doña Juana, del maestre de Santiago y del conde de Plasencia, que no acababan de perder las esperanzas y hacian los últimos esfuerzos para estorbar, si fuese posible, la boda. Á lo mismo contribuian, aunque contra su intencion, algunos aduladores pala-

ciegos que ponderando la dignidad de la casa real de Castilla y lo excelso de la princesa, le aconsejaban que exigiese del nóbio demostraciones de inferioridad, porfiando que Fernando debía besar la mano á Isabel, como si por Rei de Sicilia, por heredero del cetro real de Aragón, y en fin por su sexo pudiera conocer ventaja en su esposa. La cordura de ésta y los prudentes consejos del arzobispo de Toledo inutilizaron las trazas, y precavieron todos los inconvenientes.

La princesa, que en cuanto lo permitian el bien del reino y las inclinaciones de su corazon, habia procurado siempre proceder de acuerdo con el Rei su hermano, quiso darle una prueba mas de su deferéncia y respeto, escribiéndole con fecha del 12 de octubre una larga carta (1), en que tocando por mayor los sucesos que siguieron al fallecimiento del infante Rei Don Alonso, recordaba la moderacion con que en obsequio suyo habia reusado el título de Réina con que le brindaban los parciales del infante. Referia el concierto de los Toros de Guisando, donde el mismo Don Enrique la reconoció solemnemente por su heredera, las deliberaciones que hubo sobre su casamiento, la importuna oficiosidad con que Enrique habia solicitado que se efectuase con el Rei de Portugal, y los aprémios y amenazas con que habia tratado de que contribuyesen á su intento los procuradores de cortes reunidos en Ocaña. Alegaba el parecer y voto de los grandes, prelados y con caballeros que la disuadieron del enlace con el Rei de Portugal y con el duque de Berri, aconsejándole que prefiriese el del príncipe Don Fernando: traía á colacion el aumento y ventajas que de ello resultaban á la monarquia, y los consejos que el Rei Don Enrique el Enfermo daba en su testamento de que sus descendientes continuasen las conexiones matrimoniales con la casa real de Aragón: mencionaba las diligéncias que se habian hecho para sorprenderla en Madrigal y privarla de su libertad despues de la visita del cardenal em-

(1) La insertó literalmente Diego cap. 136. Enriquez del Castillo en su crónica,

bajador de Francia, y la necesidad en que se había visto de refugiarse á Valladolid para evitar el riesgo. Se quejaba también de que á nombre del Rei se hubiese despojado á su madre la Reina viuda Doña Isabel del señorío y rentas de la villa de Arévalo. Pedia que cesasen estos agravios, y que el Rei se sirviese de aprobar su matrimonio con el príncipe Rei de Sicilia, saliendo por fiadora de su rendimiento y sumision, si Don Enrique lo queria recibir por hijo. Y concluía protestando su voluntad y propósito de obedecerle como á hermano mayor, señor y padre.

Quando se escribió esta carta, todavía no se habían visto los nobios; ni se vieron hasta el 14 de octubre, en que el príncipe, acompañado de Ramon y Gaspar de Espés y otras dos personas de su confianza, vino secretamente á Valladolid cerca de média noche, y entró en la casa de Juan de Vivero donde moraba la princesa (1), por un postigo que daba al campo. Allí le aguardaba el arzobispo de Toledo, quien lo condujo al cuarto de Isabel; y al entrar fué quando Gutierre de Cárdenas, señalando al príncipe con el dedo, dijo á la princesa, *ese es, ese es*; de donde quedaron las SS en el escudo de sus armas. La visita, que presenció el arzobispo segun lo estipulado anteriormente, duró casi dos horas: en ella se formalizó la promesa de matrimonio por un notario á presencia de testigos, que fueron Pero Lopez de Alcalá, capellan del arzobispo y mayor de la iglesia de San Justo, Gonzalo Chacon y Gutierre de Cárdenas; y el príncipe, despues de haber presentado á Isabel los regalos de estilo entre esposos, por no llamar la atencion se restituyó en la misma madrugada á Dueñas.

De resultas de esta conferencia se resolvió no aguardar mas, y se aplazó la boda para dentro de breves dias. Pero aquí tropieza nuestra relacion con la diversidad que ofrecen las memorias coetáneas. Tres son los textos que nos guían en la presente

(1) En esta casa se puso despues la su Memorial, año 1469. chancilleria, como lo dice Galindez en